

mismos doctores á quejarse de él en términos muy fuertes al Papa Clemente. Pero aquel famoso cardenal tenia todas las cualidades mas á propósito para desvanecer las ideas que no le acomodaban. Sin haber formado quizá un plan metódico de la conducta cismática que observó por espacio de treinta años, tenia en su mismo carácter todos los elementos y principios del cisma, de modo que la ocasion y las circunstancias no hicieron mas que manifestarlos, y poner en movimiento todas sus propiedades funestas.

Era Pedro de Luna de una familia de las mas distinguidas, pues estaba emparentado con su Soberano (*); se le estimaba mucho por la integridad de sus costumbres, tenia unos pensamientos muy elevados, un valor que despreciaba todo género de dificultades y de obstáculos, un genio sutil y fe-

(*) D. Pedro Martínez de Luna era natural del lugar de Illueca, propio de su casa. Habia sido creado cardenal en Aviñon por Gregorio IX el año 1375. Estaba emparentado con D. Martín, Rey de Aragon, por su muger la Reina Doña María de Luna. Antes de su eleccion, desempeñó varios cargos y legacias, y él fue el principal autor del reconocimiento y obediencia que prestaron Aragon y Castilla á su predecesor Roberto de Ginebra, llamado Clemente VII. Poco despues de elegido Papa, vino á los estados de Aragon, segun consta del Manual XX pág. 287 litt. B. de los del archivo de Valencia, en el que se halla una carta del Rey de Aragon, fecha en 10 de Mayo de 1396, en la que le da cuenta el Papa de haberse puesto en camino para venir á estos reinos; y á la pág. 298 se lee otra carta del mismo Soberano, en que noticia haber entrado ya.

cundísimo en recursos, el don de la palabra en un grado superior, y una vivacidad y penetracion tan estraordinaria que no era capáz de sorprenderle ningun lance, por mas improvisto que fuese: era profundo en la ciencia del derecho canónico, singularmente estimada en aquellos tiempos, y habiendo desempeñado antes una cátedra de esta facultad en Mompeller, estaba muy versado en el arte de argumentar y en todo género de sutilezas y sofismas. En los primeros momentos de su pontificado, necesitó y supo sacar partido de estas ventajas. Envió prontamente á París á Gil de Bellemere, obispo de Aviñon, uno de sus mas celosos partidarios y muy estimado por sus comentarios sobre el decreto de Graciano (1). En la primera audiencia que este prelado tuvo del Monarca: „á viva fuerza, dijo, se ha conseguido que el nuevo Pontífice suba al trono apostólico; pero no podía suceder cosa mas favorable á la religion, porque está dispuesto á pasar el resto de sus dias encerrado en la obscuridad de un claustro antes que dar lugar á que por su propio interés continúe la division que le aflige tanto como á la misma Iglesia.” Benedicto manifestó iguales sentimientos, bien que de un modo aun mas espresivo. Al primer cumplimiento que le dirigió la universidad de París con motivo de su nueva dignidad, en el cual se decian algunas cosas relativas á la union, se quitó las vestiduras pontificias en presencia del diputado, y dijo que renunciaria

(1) *Hist. anon. p. 272.*

medios justos y racionales, pues se reservaba la libertad de entenderlos á su arbitrio.

No cayeron en este lazo los embajadores; y así en otra audiencia que obtuvieron el día primero de Junio, martes de Pentecostes, refutó Gil de los Campos el proyecto de la conferencia entre Benedicto y su competidor, y probó la necesidad de elegir el medio de la cesion. El duque de Berri, como cabeza de la embajada, apoyó fuertemente al orador, y suplicó al Papa que condescendiese con los deseos del Rey y de todos los fieles. Quiso Benedicto deslumbrarle con su elocuencia artificiosa y con sus vagas protestas de celo por el bien de la Iglesia, y como solo se proponia ganar tiempo, pidió que se le manifestasen por escrito las intenciones del Rey. „Padre Santo (replicaron los Príncipes) la palabra *cesion* lo dice todo, y para esto no se necesita ningun escrito.” Contestó que á lo menos se le debía explicar el modo de hacer aquella cesion. Al oír esto les faltó la paciencia, y le dijeron que no tenia mas objeto que alejar la paz de la Iglesia. Ofendido de estas palabras, ó afectando que lo estaba, para eludir la dificultad dijo en tono altivo: „sobre todo nadie tiene derecho para obligarme á hacer lo que yo no quiera. Yo dependo únicamente de Jesucristo, cuyo lugar ocupo en la tierra, y á él solo tengo que dar cuenta del gobierno de la Iglesia.” Aquí dió fin la sesion, y salieron los Príncipes echando chispas para volverse á Villanueva.

28. El mismo día convidaron á los cardenales para que pasasen á verse con ellos, y luego que estuvieron juntos, les pidió el duque de Berri que dijesen en conciencia, cada uno como persona privada y con toda imparcialidad, qué medio les parecia mas á propósito para proporcionar seriamente la union; á lo que respondieron en número de diez y nueve (1): el medio de la conferencia, segun lo ha propuesto el Papa nos parecia conveniente; pero pues el de la cesion parece mejor al Rey y á su consejo, deferimos á su dictámen ilustrado, y nos conformaremos con vuestra voluntad.” Los Príncipes hicieron que se les diese una copia autorizada de la respuesta de los cardenales en la cual convinieron todos unánimemente, á escepcion del cardenal de Pamplona, paisano de Benedicto y acerrimo defensor de este Pontífice; pues dijo con impaciencia y enfado que el verdadero medio de dar fin al cisma era levantar un ejército contra el Antipapa romano, y precipitarle de su trono.

Informado Benedicto muy por menor de lo que habia pasado en casa del duque de Berri, buscó á los embajadores, y volvió á entablar las conferencias. En la del día 12 de Junio se quejó amargamente del poco miramiento con que se le habia tratado, y recurriendo en el apuro en que se hallaba á los arbitrios mas despreciables: „es regular, dijo, que porque no tengo la fortuna de ser francés, se llega al extremo de usar de la violen-

(1) *Spicil. t. 6. p. 133. = Hist. anon. p. 290.*

cia para obligarme á hacer la cesion." No era difícil demostrar la puerilidad de este cargo, y el duque de Berri satisfizo á él con una multitud de hechos y de razones que no tenian réplica. La respuesta de Benedicto fue una bula espedida ocho dias despues, y llena de protestas de amor á la Iglesia, y de frases pomposas que no engañaban á nadie. Leida y publicada esta bula en el palacio á presencia de los tres duques, no produjo otro efecto que el de escitar su indignacion. Inmediatamente se separaron del Papa, y temiendo alguna resolucion violenta, los acompañaron á Villanueva los cardenales de Albano y de Pamplona; pero no tardaron en desunirse los dos conciliadores. El cardenal de Albano echó en cara al de Pamplona que habia sido el autor de aquella bula, y que queria gobernar al Papa en todo y por todo con la misma imprudencia (1). El orgulloso aragonés le dijo que mentia, y en pocos momentos se propararon uno y otro á unas palabras tan injuriosas é indecentes, que toda la seriedad de la escena vino á parar en una farsa, dando mucho que reir á los Príncipes.

29. Pocos dias despues, á pesar del incendio que consumió en este intervalo una parte del puente de Aviñon, imputándose mutuamente esta desgracia las dos facciones opuestas, pasaron los Príncipes el rio en una barca, y fueron á vivir en compañía de los cardenales con quienes tenian mayor confianza.

(1) *J. Juv. p. 111.*

Permanecieron en Aviñon diez y siete dias, en cuyo tiempo concurrieron muchas veces con los cardenales al convento de los franciscanos, y deliberaron con mucho orden y madurez. Se examinó desde luego la última bula de Benedicto, y estando presentes todos los cardenales, á escepcion de los de Pamplona, San Marcial y Vergi, convinieron en despreciarla, y renovaron la aprobacion que habian dado al medio ó arbitrio de la cesion. El dia siguiente fueron á echarse á los pies del Papa, y le pidieron la gracia de que adoptase este partido, que parecia el mas acertado. Dió muestras Benedicto de que cedia á sus instancias; pero la vispera de San Pedro quedaron muy sorprendidos al recibir otra bula en confirmacion de la anterior. Al momento fueron á protestar su desagrado delante de los Príncipes, los cuales aprovecharon esta ocasion para pedirles que diesen palabra por escrito de preferir el medio de la cesion á todos los demás, y de trabajar para su buen éxito de acuerdo con la Francia. Ofrecieron firmar este escrito, despues de hacer el último esfuerzo para ver si podian reducir al Papa.

30. El dia primero de Julio se presentaron en su audiencia con esta acta en la mano, y todos ellos á escepcion del cardenal de Pamplona, le suplicaron arrodillados, y la mayor parte llorando, que evitase por último el extremo á que le esponia su inflexibilidad. Nunca se mostró Benedicto mas intratable que en esta ocasion, diciéndoles en tono



el pontificado con la misma facilidad con que dejaba su insignia. Las menores apariencias de virtud en los grandes producen unos efectos extraordinarios en el comun de los hombres. Aquellos buenos doctores, tan justamente recelosos de la nueva eleccion poco antes de que se verificase, volvieron á escribir precipitadamente en estos términos: „Nuestros primeros deseos, Santísimo Padre, eran que se difiriese la eleccion del Papa creyendo que era este el medio mas seguro para estirpar el cisma; pero cuando hemos sabido que recayó en vuestra Santidad, ha sido completa nuestra satisfaccion, porque estamos en la firme confianza de que seguireis la inclinacion que habeis manifestado siempre á favor del restablecimiento de la unidad.”

24. A fin de cimentar unas disposiciones tan favorables, Benedicto, que conocia el grande influjo de la universidad, y lo mucho que pueden los beneficios aun cuando se trata de las resoluciones que han de tomar los hombres de bien, hizo que el legado Bellemere dijese á los doctores y profesores, que enviasen á Aviñon una lista de las piezas eclesiásticas vacantes: las cuales era costumbre que las proveyese el Papa, antes del sistema de grados que se observa en la actualidad. Se dió á Pedro de Ailli, que era entonces canciller, el encargo de llevarla, y al mismo tiempo de conferenciar con el Pontífice acerca de los medios de extinguir prontamente el cisma. Con esta ocasion usó Clemangis de toda su elocuencia, y se esplicó

con mucha libertad exhortando á Benedicto á consumir una obra tan buena. Lejos de irritarse el Pontífice por la demasiada franqueza con que se le hablaba, dió al autor tan grandes testimonios de estimacion y benevolencia, que consiguió tenerle á su lado, le hizo su secretario, y le obligó desde entonces á pensar ó á lo menos á hablar de muy distinto modo que antes. Así llegó aquel Papa artificioso á atar en cierto modo la lengua de la universidad, pues desde esta época no se vé ya en Clemangis el ardor que habia manifestado tantas veces por la union.

Otra persona sumamente estimable, atraída por Benedicto XIII á su partido, fue el célebre San Vicente Ferrer, á quien habia sabido apreciar, siendo legado de Clemente VII en España. Luego que se vió en el trono pontificio, le llamó á su corte, y le hizo confesor suyo y maestro del sacro palacio (1). Pero el Santo no estuvo mas que dos años en esta situacion crítica, donde se concilió la veneracion pública y la amistad y afecto de su señor, el cual le ofreció con instancias varios obispados. Destinado á las vastas funciones del apostolado, le parecieron demasiado estrechas todas las demás carreras, á pesar de su brillantéz y de las comodidades que podian proporcionarle. Dicen que el mismo Jesucristo le confió de un modo inmediato el ministerio de la palabra, pero que sin embargo hizo que confirmase su mision el Vicario de aquel

(1) *Boll. apr. t. 1. p. 484.*

eterno Pastor, y despues se consagró enteramente á los progresos del Evangelio. Mas adelante veremos que sus virtudes y los prodigiosos frutos de sus trabajos apostólicos, hicieron creibles todas las maravillas que se refieren de él.

25. Entretanto se empezaron á presentir en Francia los designios de Benedicto, y el peligro de perder el tiempo en diputaciones y en conferencias inútiles: por lo que se convocó en la capital para el dia 2 de Febrero del año 1395 una asamblea, que con justa causa tiene el título de concilio nacional, pues asistieron á ella los patriarcas titulares de Alejandría y Jerusalem, siete arzobispos, cuarenta y seis obispos y muchos diputados (1). Quiso el Rey que se hallase presente su canciller á las deliberaciones, y que fuesen admitidos á ellas cuatro consejeros y tres abogados del parlamento de París. Para facilitar las operaciones de los prelados, se dió á los doctores la comision de estender una memoria, que verosimilmente fue obra de Pedro de Ailli, el cual acababa de llegar de Aviñon poco satisfecho del Papa Benedicto. A lo menos, atendiendo á la vehemencia y fuego del estilo, parece que no fue Clemangis el autor de este escrito. En él se establece con la mayor solidéz la necesidad de recurrir al medio de la cesion para acabar el cisma, y hubo ochenta y siete votos á favor de este dictámen, con exclusion de otro cualquiera.

26. Preparó, pues, el Rey una embajada augusta

(1) *Tom. 11. Conc. p. 2511.*

para proponer este medio al Papa Benedicto, nombrando al efecto al duque de Orleans, su hermano, y á sus tios los duques de Berri y de Borgoña, esto es, á las principales personas del reino despues del mismo Soberano, y se les señalaron en clase de consejeros algunos obispos y algunos individuos de la universidad, siendo el mas memorable de ellos Gil de los Campos. Se les dió al mismo tiempo, para que les sirviese de instruccion, un escrito dispuesto en el espacio de un mes que habia durado el concilio. Llegaron á Aviñon el sábado 22 de Mayo; fueron recibidos con grandes honores y demostraciones de alegría, y luego pasaron á ocupar las habitaciones que les estaban preparadas en Villanueva (1). El lunes siguiente se les dió audiencia pública, en la que Gil de los Campos, encargado de llevar la palabra, y advertido de la estremada delicadeza de la corte pontificia, solo estableció ciertos principios generales dirigidos á la union elogiando al Papa y al Rey. Benedicto XIII, que era uno de los hombres mas insignes de su tiempo por la sagacidad y presencia de ánimo de que estaba dotado, respondió de repente con un discurso tan gracioso y tan bien coordinado como si se hubiese trabajado muy despacio. Tocando punto por punto todo lo que habia dicho el doctor, insistió principalmente en lo que cedia en elógio del Rey, hermoseándolo con los rasgos mas delicados y lisongeros; y pasando despues á dar gra-

(1) *Hist. anon. p. 287.*

cias á los Príncipes por lo mucho que hacian en beneficio y honor de la Iglesia: „esas nobles empresas, les dijo, forman el destino de la augusta casa de Francia, elegida especialmente por la Divina Providencia para sostener la Religion.” En fin, habiendo pedido los embajadores una audiencia secreta, manifestó que de todos modos oiría con mucho gusto cuanto hubiese que comunicarle de parte del mas cristiano de todos los Reyes.

27. Como hasta aquí no habia tenido que hacer otra cosa Pedro de Luna mas que responder á unas proposiciones y cumplimientos de poquísima importancia, representó perfectamente un papel que era muy conforme á su carácter. Pero el dia siguiente, en que se tuvo la conferencia secreta que habia concedido con tanta facilidad, presentó ya la escena mas dificultades. En ella se pidió la comunicacion de la acta acordada en el último cónclave á efecto de extinguir el cisma por medio de la cesion, siempre que se juzgase necesario este recurso. Benedicto, que conoció el fin á que se dirigia esta propuesta, se escusó al principio de presentar un documento tan conveniente y confirmado despues de su eleccion. Como esta resistencia aumentase sus instancias, no menos que las sospechas que ya habian concebido, consintió el Papa en mostrarle á los tres Príncipes en particular, y no á las personas mas capaces de examinarle, que les servian de consejeros. Era muy débil esta trincherá para poderse sostener en ella, y así se vió

reducido Benedicto á hacer que el acta deseada se leyese en presencia de los Príncipes y de sus asociados. Pero no se contentaron éstos con la lectura, sino que pidieron copia del documento, siendo este un nuevo objeto de ataque y de defensa. El Papa defendió el campo paso á paso, procuró eludir los golpes por todos los medios imaginables, disputó, se quejó, pero todo fue inútil. No hubo mas arbitrio que conformarse con lo que se pedia, y el secretario de la embajada sacó la copia con toda puntualidad.

No desmayó Benedicto por haber quedado vencido en este combate. Habiéndole preguntado los Príncipes, algunos dias despues, de qué medios queria valerse para proporcionar la union, el único que propuso fue una conferencia entre él y su competidor; y objetándole que la acta del cónclave le obligaba á algo mas que á un medio tan probablemente ineficáz, hizo que se entregase á los Príncipes un escrito, cuya disposicion y las palabras con que concluye, en las cuales se aparenta mucho celo y buena fe, son una obra maestra de finura y de política. Despues de obligarse en él á adoptar todos los medios justos y razonables, propios para restablecer la paz de la Iglesia en cuanto debia ejecutarlo por su propia obligacion, y por el tenor del escrito formado en el cónclave, protestaba que queria conservar toda su fuerza *sin derogacion ni adicion alguna*; cláusula capciosa, por la cual esta acta absoluta venia á ser meramente relativa á los